

nos una república o reino en donde se observen estrictamente las máximas de la religion de Jesucristo y nosotros aseguramos con nuestra misma vida, que tal país será el mas tranquilo, el mas floreciente y el mas feliz: se verán buenos príncipes y buenos súbditos, buenos magistrados y buenos ciudadanos, buenos soldados y buenos caudillos, buenos padres de familia y buenos hijos; buenos esposos y buenas esposas; buenos amos y buenos criados, todos unidos reinando por todas partes la concordia mas apetecible: justos en sus casas, y justos en los empleos públicos: administrándose la justicia y la hacienda con la mayor integridad. Los príncipes en medio de la grandeza no tendrán otro cuidado que la felicidad pública y jamas harán uso de su autoridad mas que para hacer bien. Los súbditos amando á sus gobernantes con justa sumision les respetarán; en fin la justicia y la paz dándose un estrecho abrazo reinarán en esta sociedad, en donde parecerá que se halla renacida la fingida edad de oro de los poetas. En efecto así sera la sociedad que se conforme con las santas máximas del cristianismo. ¿Como pues incrédulos perversos, os atreveis á asegurar que la religion cristiana inspira á los hombres un odio cruel para que mutuamente se detesten, y que el hierro y el fuego marchan á la vanguardia de la Cruz? ¿Que miserables sois en vuestros juicios y que ignorantes de la realidad de las cosas!

¿Será posible que unos hombres que se precian de sabios é ilustrdos ignoren los beneficios que la religion cristiana ha traído al mundo? ¿ignoran los principios de esta religion santa que en todos los siglos ha dado los mas brillantes ejemplos de equidad, de dulzura, y al mismo tiempo de valor y entereza? Cuando el mundo habia llegado al mas alto punto de corrupcion; cuando hasta las primeras verdades eran desconocidas, cuando falsas é impuras divinidades escitaban con sus ejemplos á la iniquidad mas desenfrenada, y cuando toda virtud parecia haber abandonado para siempre el mundo, aparece el cristianismo á combertirlo, mas no armado de la hacha revolucionaria, sino de la humildad, la paciencia, y todas las virtudes que juntas á una predicacion encantadora y persuasiva cautiva los corazones de los hombres y convierte en hombres justos á los que se habian hecho peores que las bestias. ¿Cuales son entónces los mejores ciudadanos? los convertidos al cristianismo, ó los paganos: lease la historia y se encontrará que los mejores súbditos de Roma son los fieles, los mas observantes de las leyes civiles y mas zelosos de los intereses de la pátria. Jamas en las convulsiones del imperio se encontraron los cristianos, y los mismos césares estaban tan convencidos de esta verdad, que segun el testimonio de Eusebio, ellos daban pruebas de bondad y confianza á aquellos de sus

oficiales que profesaban el cristianismo (1), y contriéndoles el gobierno de algunas provincias les dispensaban de ofrecer los sacrificios que les prohibia la piedad. Aquellas palabras de Jesucristo: *dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios*; hacia tan profunda impresion en los corazones de los fieles, que asi como sabian morir por Dios cuando lo escigia el sostén de la religion, tambien por dar al César lo que le pertenecia.

Tertuliano á nombre de los cristianos decia: "en las costumbres cristianas se halla la adhesion, honor y fidelidad de un verdadero ciudadano y de un buen súbdito, porque ellas obligan á un ciudadano á dar con verdad al emperador y á los demas hombres lo que les es debido. No solamente respecto de los emperadores debemos ser gentes honradas, la cualidad de personas no es la regla de nuestras buenas obras, pues nosotros que las hacemos no buscamos ni las alabanzas ni recompensa de parte de los hombres, sino de Dios solo, que escige y recompensa una bondad que á todos se estiende. Nosotros somos para los emperadores lo que somos para nuestros vecinos, porque nos es igualmente prohibido querer su mal, que hacérselos, decirlo ó pensarlo. Todo lo que no nos es permitido respecto del empe-

(1) No se habla de aquellos emperadores perseguidores declarados de la religion cristiana.

rador no nos lo es respecto de cualquier otro, y lo que no nos es permitido contra ninguno, mucho menos contra aquel que está elevado á una tan alta dignidad. Si como ya he dicho, se nos ordena amar á nuestros enemigos, ¿que resta que podamos odiar? Si para no hacernos culpables como aquellos que nos ofenden se nos prohibe vengar una injuria con otra injuria: ¿qué mal nos será permitido hacer? Sed vos mismos los jueces. Cuantas veces os habeis desencadenado contra los cristianos tanto para satisfacer vuestra animosidad, como para obedecer vuestras leyes? ¿cuantas veces sin esperar la orden el populacho prevenido contra nosotros nos ha oprimido con piedras? ¿cuantas veces han puesto fuego á nuestras casas? Los cristianos ni aun en sus mismos sepulcros se hallan seguros del furor de vuestras bacantes: se les arranca de este asilo sagrado, se les hace pedazos, se arrastran por las calles sus miembros dispersos y sus cadáveres que no tienen figura humana. Sin embargo, ¿que venganza habeis visto tomar de aquellos á quienes creis tan ardientes para la revolucion, y á quienes perseguis hasta la muerte? Una sola noche con un pequeño número de hachas nos hubieran vengado suficientemente si nos fuera permitido repeler la violencia con la violencia; mas á Dios no agrada que recurramos á medios humanos para vengar una religion divina, y que nos fastidiemos de sufrir lo que la hace conocer."

“Si quisiéramos obrar abiertamente contra vosotros y no en secreto; ¿el número y las fuerzas nos faltarian? Los moros, los marcomanos, los partos y las naciones mas poderosas, que sin embargo no ocupan sino una porcion de tierra: ¿son en mas grande número que los que estan estendidos en todas las partes del mundo? Apenas comenzamos á aparecer y ya todo lo llenamos, vuestras ciudades, vuestras islas, castillos, cargas municipales, asambleas, campos, tribus, decurias, foros, senado, y únicamente os dejamos los templos. ¿Que guerra no estariamos en estado de emprender, cuando no siendo inferiores en número y cuando estamos determinados a la muerte sufrimos impavidos, que se nos deguelle? Mas no es permitido á un cristiano, sino sacrificar su vida sin atender á la de otro... ¿Sobre que pretexto podreis contar entre los facciosos una sociedad en donde no se hace ni emprende cosa alguna de las que forman las facciones, en donde hay una insensibilidad para todo lo que lisonjea la vanidad y ambicion; en donde se interesan vivamente por sus oraciones y obras de caridad para la felicidad del estado y tranquilidad pública? ¿Como no sentís todo el trastorno que causais condenando á tantos inocentes? nosotros apelamos á vuestros propios registros, vosotros que diariamente juzgais á los cristianos que se hallan en las prisiones: decidnos si entre el gran número de los criminales que tenéis en vuestras listas bajo diferentes acusacio-

nes se encuentra uno solo que haya asesinado, robado, ó saqueado los templos, violado el pudor y que se acuse al mismo tiempo de ser cristiano. Solo nosotros vivimos en la inocencia; ¿y será esto sorprendente? Nosotros estamos empeñados por una obligacion indispensable, á obedecer las reglas que el mismo Dios nos ha prescrito.”

Este lenguaje de los primeros fieles, es el de los de todos los siglos, que sean consecuentes á su religion, y si algunas veces se han desviado de él, no es la culpa de la religion, sino de los que protestan con la boca que la siguen y desmienten su confesion con las obras; pero los que son verdaderamente cristianos no se les encontrará un crimen porque merezcan siquiera un cuarto de hora de prision. ¿Son asi los filósofos enemigos de la religion de Jesucristo? Comparemos á estos con los verdaderos cristianos, y los incredulos se avergonzarán de ver los negros caracteres que marcan á sus maestros. Un Bayle, un Voltaire, un Rousseau, un Diderot, un Raynal &c. Colóquense al lado de un Francisco de Sales, un Vicente de Paul, un cardenal de la Rochefoucault &c. ¡ah! en los primeros no encontramos sino la mala fe, la mentira, las máximas atrevidas y el furor arrebatado; cubriéndose con las palabras de humanidad, bien público, compasion, libertad, y derramando en sus escritos una hiel que todo lo amarga, un veneno que todo lo corrompe, una licencia que to-

do lo trastorna, y una impiedad blasfema y orgullosa que aniquila hasta los elementos últimos de la virtud, pretendiendo derribar de su asiento al Dios omnipotente, á quien todo lo debemos.

Si alguna vez aparentan reconocer algun Dios, parece que se desdennan en darle el nombre de tal, y le llaman el Ser supremo, voz que puede convenir á la misma absurda substancia universal de Espinosa. Sus obras ¿cuáles son por las que se hagan recomendables? Hemos leído repetidas veces las vidas de estos falsos héroes y no encontramos aquellas grandes acciones que marcan á los varones ilustres, aquellos costosos sacrificios por el bien público, y aquel desinterés, que aleje de ellos toda sospecha de que no les anima otra cosa que el amor de la humanidad. Rousseau y Voltaire si tienen que sufrir algunos trabajos, no son por la virtud, sino por el crimen, que defienden en sus novelas ó comedias. ¿Y son estos, cuando necio, los apóstoles, que venerais? ¿Es posible que os alucineis con los escritos de unos nombres que ponen toda la fuerza de sus demostraciones en palabras sin ideas? ¿será creíble que no conozcáis que la religion católica demostrada hasta la evidencia no puede ser aniquilada, por los rasgos de un entusiasmo poético cesitado por la impiedad? ¡ah! cuando entre la reflexion en los seguidores del filosofismo, cuando hagan uso de su razon, cuando la luz de esta disipe el denso velo que les ciega,

entónces conocerán la futilidad de los racionios de los sofistas, se avergonzarán de haberlos creído y confundidos reconocerán que han sido mas locos que el héroe de Cervantes, y que es aun mas absurdo el espíritu de la falsa filosofia, que el de la caballeria andantesca. Led, led imparcialmente las vidas de vuestros caudillos, analizad sus miserables sofismas, valeos de la sana crítica para justipreciar los hechos que refieren, y comparad sus acciones y escritos con los de los héroes del cristianismo, y aunque no retrogradeis hasta los primeros siglos de la Iglesia, hjad vuestros ojos en Francisco de Sales y los demas que poco ha os hemos citado y vereis la humildad, la sencillez, la caridad ardiente, el zelo por el bien del prójimo, el desinterés y práctica de todas las virtudes que en vano buscaréis en los héroes del filosofismo. Led la historia de los cristianos perfectos y la de vuestros mas ilustres patriarcas y os avergonzareis de ver los horrorosos vicios que marcan á estos al lado de las virtudes que caracterizan aquellos. ¿Podreis comparar al perezoso y altanero Rousseau, con el laboriosísimo Vicente de Paul? ¿Encontrais en los furiosos escritos de Voltaire la ditzura que respiran los de Sales?

Si nosotros pretendiéramos comparar las costumbres de los filosofos con las de los verdaderos cristianos, haríamos de unas y otras una contraposicion mas justa que la que hacia el orador romano de los vicios de los catili-

rios y las virtudes de los buenos ciudadanos; mas aunque lo omitimos, vosotros mismos incredulos, podeis formarla supuesto que os conoceis unos á otros, y despues decidnos con franqueza ¿es cierto que únicamente os anima el zelo del bien público? ¿es cierto que el orgullo, ambicion y vanidad os es desconocida? ¿es cierto que la filantropia y desinterés constituyen vuestro carácter? ¿es verdad que os guardais mucho de atacar los derechos y propiedades de otros? ¿es verdad que á todos los recibis con bondad, que á nadie haceis mal, que la moderacion brilla en vuestras modales, que tolerais las opiniones ajenas, que respetais, aunque no creais, la religion que habeis abandonado, y que la burla, y el sarcasmo (arma propia de las mugeres de la calle) jamas se encuentra en vuestros escritos? ¿Es verdad que la impureza, el robo, la calumnia la mala fé y el asesinato son vicios que absolutamente desconoceis? ¿es verdad que amais á vuestros semejantes con la caridad mas acendrada? ¿es verdad que detestando al despotismo jamas abusais del poder, cuando lo tenéis? ¿es verdad que sois heles en vuestras palabras y operaciones? ¿es verdad....? mas dejaremos ya de interrogaros, respondednos á estas preguntas; pero antes de hacerlo recordad los escritos que habeis leído, pensad en el caracter de los filosofos que habeis tratado y consultad á las inclinaciones de vuestro propio corazon.

Decidnos tambien: ¿pondriais en manos de un filósofo vuestros haberes mas bien que en las de un buen católico? ¿Creis por otra parte que este sea enemigo de su patria; y que si es magistrado abusará de su poder conformándose con su religion? ¡ha! si lo pensais asi seguramente ignorais cual es la religion de Jesucristo. Oid algunas de sus maximas santas y vereis cuan contraria es á vuestro modo de pensar. "El gobierno, dice san Pablo, es de institucion divina.... Ellos (los magistrados) no son el terror de las buenas sino de las malas obras: ¿quieres tu no temer nada de aquel que tiene el poder? pues obra bien y merecerás de él alabanza, porque es un ministro de Dios para tu bien: pero si obras mal tiembra porque no en vano se cifie la espada; siendo como es ministro de Dios para ejercer su justicia castigando al que obra mal porque en esto mismo le sirven; por tanto estad sugetos no solo por temor de la ira sino por vuestra conciencia." La religion que habla de este modo á los súbditos no teme penetrar á los palacios de los príncipes y enseñarles su deber. "El que domina sobre todos, dice la santa escritura, debe ser justo, debe gobernar en el temor de Dios." "Ninguna distincion (dice á los jueces) habrá de personas; del mismo modo oireis al pequeño que al grande, ni tendreis acepcion á persona alguna porque es juicio de Dios." "Haced justicia al necesitado y al huérfano; haced justicia al anti-

Tom. II.

gido y al pobre; sacad al pequeño y al pobre y libradle de las manos del pecador.”

¿Será pues esta religion santa el germen de las revoluciones y el apoyo del despotismo? ¿inspirará los sentimientos de inhumanidad y de odio á sus semejantes? no, ella nos manda amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos hacen mal y orar por los que nos calumnian y persiguen. Máximas tan sublimes no las enseña el ciudadano de Ginebra ni el patriarca de Ferney, pues aunque algunas veces hablan de humanidad y fidelidad pero se contradicen á cada momento en sus perversos escritos.

Entre los muchos y muy distintos ataques que dan los incrédulos á la religion cristiana, uno de los principales es contra el legítimo ministerio de la Iglesia; los sacerdotes destinados por el mismo Jesucristo para ser sus ministros y dispensadores de los santos misterios les son tan odiosos á los falsos filósofos, que no omiten medio para despreciarlos, ultrajarlos, desacreditarlos y atacar en su principio el carácter sacerdotal. El odio que esta gente ha concebido contra el clero, es tan violento, que casi nunca pueden disimularlo; el dar á los sacerdotes los signos mas comunes de benevolencia les repugna, y cuando encuentran á alguno con un aire feroz y una mirada de desprecio manifiestan todo el odio de que sus negras almas se hallan poseídas: si se presenta ocasion de hablar de ellos lo hacen con las espresiones mas groseras é insultantes; buscan crímenes que

atribuirles y sin pararse en que se descubrirá su embuste dicen con toda la arrogancia filosófica, que tal eclesiástico, aunque sea el de la virtud mas bien probada, ó que todo el clero es el mayor enemigo de la sociedad, y que tienen datos positivos para asegurarlo: últimamente llega á tanto su descaro é insolencia, que no tienen verguenza de asegurar que los sacerdotes son para ellos los seres mas odiosos de la sociedad. ¿Por qué es este odio tan violento? “porque el cristianismo (dice un filósofo) establece una especie de jugleria sacerdotal, eleva al clero á la cumbre de la opulencia y le da un despotismo espiritual sobre las conciencias.”

¿Que entenderá este filósofo por jugleria sacerdotal? querrá decir que la predicacion del evangelio, la administracion de los santos sacramentos, y los ritos y ceremonias son una farsa insulsa propia para divertir necios? El filósofo que desconoce todos los principios de la sana razon, que turba y envenena todas las fuentes de la ilustracion, y que ignora los principios de la verdad y los que conoce los trastorna y desfigura le es imposible percibir las cosas pertenecientes al espíritu, porque undido en la carne se ha hecho de peor condicion que las bestias. ¿Quien usando de su razon podrá llamar farsa á la predicacion del evangelio? la doctrina que este contiene superior á la de todos los filósofos antiguos y modernos, es la única capaz de manifestar al hombre su verda-

dera felicidad y proporcionarle medios para conseguirla: el evangelio nada contiene que choque al buen sentido y á la sana moral, todo es conforme á la razon y la justicia y con solo leerlo se conoce la magestad y sabiduria de Dios, que nos instruye por él. Todo lo que hallamos en el antiguo testamento enserrado bajo de figuras y sombras, se descubre con tanta sencillez y claridad en el nuevo, que comparando el uno con el otro, no podemos menos que confesar que el mismo espíritu que animó á los profetas y les dictó sus escritos es el que dirigió á S. Lucas, S. Marcos, S. Mateo, S. Juan, Santiago, S. Pedro y S. Judas Tadeo.

Déjenos una obra siquiera semejante al antiguo y nuevo testamento, y convendremos con los filósofos que las verdades de nuestros libros santos son de poco interés, y que los sacerdotes que las enseñan son unos farsantes que se ocupan en frusterias separando á los hombres de los asuntos serios é interesantes. ¿Pero cuando podrán los incrédulos darnos esta obra semejante á la única en su clase, que es la escritura santa? "Las luces que derrama (dice David Bogüe y con el todo racional) tocante á Dios, á sus perfecciones, y á su providencia, tocante al hombre, á su naturaleza, á sus deberes y á su felicidad, tocante al mundo actual, á la economía de una retribucion verdadera, en una palabra respecto de todas aquellas cosas cuyos conocimientos son los que mas

nos interesan posér, en vano las iremos á buscar en ninguna otra parte. Las ideas que en él se hallan son excelentes, sus espresiones son abundantes, claras y simples; bien puede ser que otros libros agraden mas á la imaginacion con los ricos adornos de la fantasía; puede ser tal vez que el gusto encuentre en otro mas deleite con las gracias de su composicion; pero fuera de esto en ninguna otra parte podrá nadie encontrar verdades en tanto número, ni de tanta importancia sobre todos los asuntos que dicen relacion con el hombre, ó como ciudadano de este mundo, ó como criatura inmortal. El nuevo testamento encierra bajo de estos dos aspectos, medios para perfeccionar el entendimiento los mas abundantes, siendo toda su tendencia la de hacer al hombre no solo mas piadoso y mas moral, sino mas racional y mas sabio; y sobre este punto escede este á todos los libros del mundo de cualquier especie que sean."

¿Como la predicacion de la doctrina contenida en los libros santos y en los demas documentos que el divino Jesus y sus apóstoles enseñaron de viva voz, podrá ser una farsa sacerdotal? ¿Se tendrá por cosa de juego, y aún perjudicial instruir al hombre de la nobleza de su origen, del fin sublime á que está destinado, de las reglas de la virtud, de lo que le constituye bueno ya como particular, ya con relacion á la sociedad? Quien tal juzgue o diga es tan loco, como el preceptor de Emilio que no quie-

re que su discípulo sepa a los diez y ocho años si tiene alma, y que á los doce desea que no sepa distinguir su mano derecha.

Mas si el filósofo no reprueba la predicacion del evangelio, sino la administracion de los sacramentos, ¿acaso se le podrá en algun modo conceder la razon? Si se admite la verdad del evangelio como lo suelen aparentar algunas veces estos proteos, es preciso que convengan en que la religion prescribe la recepcion y administracion de los sacramentos, que son de tanto interes y necesidad como la creencia de los dogmas. Que en la celebracion de los santos misterios y administracion de los santos sacramentos se usen ciertos ritos y ceremonias ¿que hay que merezca el nombre de farsa?

Si en el orden político de las cosas, en la colocacion de los que gobiernan, en el modo con que los súbditos se presentan y hablan con los principes del pueblo, en los tribunales, en la tropa, y en los mismos congresos hay cierto ceremonial, que se observa escrupulosamente, ya en el tratamiento que se da á las personas, ya en el vestido propio de cada uno &c. &c. y esto no es locura; ¿por qué lo será el que se use v. g. de tales vestiduras para celebrar el santo sacrificio de la misa, y que haya tales y tales ritos para hablar con el Criador y tratar el adorable cuerpo y sangre del hijo de Dios? ¿quien será tan insensato que censure y trate de locos á los señores diputados, á los ecsmos. gobernadores de los estados y presi-

dente de la república, porque se presentan á desempeñar sus funciones vestidos de un modo prevenido por leyes ó reglamentos y porque no concurren á las asambleas legislativas vestidos segun les parezca? ¿qué se diria del diputado que asistiera al congreso con botas y mangas, aunque fueran ricamente bordadas? seria la burla del pueblo, y sus compañeros le obligarian á vestirse de ceremonia. En fin, en el orden político hay ceremonial que debe observarse justamente ¿y en el religioso no puede haberlo sin incurrir quien lo impone y observa, en la nota de loco? Seamos imparciales señores filósofos, y convengamos en que nada se encuentra en la religion prescrito legitimamente al sacerdocio, que no sea justo y santo.

Esa opulencia en que suponen al clero, que los mismos filósofos conocen que no es tanta como ecsageran; que en nuestra república es ninguna, y que si en otros paises ha habido un clero bien acomodado, en este generalmente hablando no tiene sino miserias; esa opulencia, preguntamos, cuando la ha habido ¿ha sido para daño ó beneficio del pueblo? Ya hablaremos largamente sobre este punto en otro capítulo sobre sacerdotes; por ahora solo decimos, que los bienes del clero siempre han sido para beneficio de la sociedad, y que si alguna vez se ha abasado de ellos, muchas mas se ha hecho el mejor uso para el bien público. Tienen los eclesiásticos con que subsistir decentemente de los beneficios que disfrutan ¿qué

hay en esto repugnante a la sana moral? ellos sirven al altar ¿de donde deberán subsistir? del mismo altar á quien sirven. Ellos han gastado los primeros años de su vida en instruirse para desempeñar el ministerio santo, son promovidos á el, y entónces despues de mil afanes y desvelos en su carrera comienzan otra de nuevos trabajos para desempeñar sus destinos; reciben un honorario escasisimo en nuestro pais, y por esto se irritan sobremanera los filósofos, gritan que los sacerdotes estan sacrificando al pueblo, y que por ellos se obstruyen las fuentes de la riqueza. Comparen á los que siguen la carrera eclesiástica con los que estudian facultades que les abren la carrera civil; ¿cuáles son los que mas breve tienen con que subsistir decentemente por su carrera? los segundados como es notorio, pues cuando aquellos ganan trescientos pesos en un año, estos los tienen en uno ó dos meses. Niéguese esta verdad y nosotros les convenceremos por los hechos.

Ese despotismo que ejerce el clero sobre las conciencias ¿cual es? será despotismo, el que enseñe la sana moral, la verdadera crenencia y todo lo que conduce á la consecucion de la felicidad eterna; ¿será despotismo que se oponga al error y corrupcion de costumbres, y que diga al que quiere cometer una accion injusta, lo que el Bautista á Herodes, *¿no te es licito?* ¿será despotismo aplicar penas espirituales á los que siendo hijos de la Iglesia se

hacen acredores a ellas? si esto es despotismo, tambien lo será el que el padre de familia aconseje y corrija á el hijo, el que el maestro enseñe al discípulo y que el médico prescriba remedios al enfermo y no le permita usar de aquellas cosas que puedan acabar con su vida.

Pero los sacerdotes ejercen con orgullo y altanería su oficio, y no dejan perder ocasion para promover sus pretensiones conducentes á la opulencia y al poder. No negamos absolutamente el hecho, confesamos en buena hora, que hay quienes se hacen reos del mas severo juicio por sus prevaricaciones, y que abusando del poder celestial que Jesucristo ha puesto en sus manos hacen llorar amargamente á la Iglesia los estravios de los ministros indignos; ¿mas son tantos los criminales, y tan frecuentes los abusos de los eclesiásticos? Léase el artículo que hemos citado antes y se verá todo lo contrario; y aun permitido que fueran muchos ¿qué se infiere de aqui contra la religion cristiana? ¿ella autoriza de algun modo la maldad, ó la tolera en sus ministros? nada de esto, por el contrario, jamas transige con el vicio de estos. Ella manda que el obispo sea irreprehensible, prudente, grave y modesto, casto, amante de la hospitalidad, capaz para enseñar, no dado al vino, no violento; sino moderado, no pleitista, no interesado, sino dulce, afable, sobrio, justo, religioso, continente, adicto á la sana doctrina, á fin de que sea capaz para instruir y contradecir á los que contra-